

MODOS DE DESANDAR LO ANDADO: LA MEMORIA, EL OLVIDO, LA NOSTALGIA¹

Rosalba Campra

Studi europei, americani e inter-culturali,
Facoltà di Lettere e Filosofia Sapienza, Università di Roma,
Piazzale Aldo Moro 5, 00185 Roma, Italia
rocaybi@gmail.com

Ways of retracing tracks: memory, oblivion, nostalgia

Abstract: Arising from a personal childhood experience, the choice of memory appears as a recurring theme in the author's theoretical, critical, and creative writing. All these forms are used in this paper as an exemplification for research in the bordering areas of memory, oblivion, and nostalgia. The definition of these semantic areas as proposed in dictionaries, just like their metaphors in literature, is explored in their convergences and contradictions, giving rise to a series of questions that position the individual in relation to the collective and highlight the function of discourse as a guarantee of persistence in a continually renewed present. On the one hand the itinerary shows the strategies (conceived as architectural images) for recuperating the individual memory, while on the other hand it unveils the explicit or surreptitious politics for denying the collective history (focusing on Latin American countries), as well as the mechanisms of denunciation and defence elaborated to contrast them. Through this research a return route is drawn to a kind of paradise: the archetype of a dwelling that is invulnerable to time. Participation in the memory of others cannot then be restricted to the category of the impossible; on the contrary, it suggests a way of "retracing the tracks" that art reverberates on to reality, conveying it into a shared experience.

Keywords: Rosalba Campra; memory; persistence; denial; reconstruction; invention

Resumen: A partir de una experiencia infantil personal, la autora rastrea la elección de la memoria como tema recurrente en su escritura teórico-crítica y creativa. Todas estas formas se utilizan aquí como ejemplificación para una búsqueda en las áreas contiguas de la memoria, el olvido y la nostalgia. Las definiciones de estas áreas semánticas propuestas

¹ Una primera versión de este trabajo se presentó en el VII Coloquio Internacional de Estudios Latinoamericanos de Olomouc (CIELO-7), *Caminando por la memoria. Nuevas aportaciones desde la literatura, el cine y el teatro*, Universidad Palacký de Olomouc, 3-5 de mayo 2018.

por los diccionarios, tanto como sus metáforas en literatura, se exploran en sus convergencias y contradicciones, articulándose en una serie de preguntas que ponen en relación lo individual y lo colectivo y destacan la función acordada al discurso como garantía de persistencia en un presente constantemente renovado. El recorrido evidencia, por una parte, las estrategias (concebidas como imágenes arquitectónicas) para la recuperación de la memoria individual, por otra, sondea las políticas explícitas o subrepticias de negación de la historia colectiva (deteniéndose en los países latinoamericanos), así como los mecanismos de denuncia y defensa elaborados para contrastarlas. A través de esta investigación se diseña un sendero de regreso a una especie de paraíso: el arquetipo de la morada invulnerable al tiempo. La participación en el recuerdo ajeno no puede entonces relegarse a la categoría de lo imposible; por el contrario, propone un «desandar lo andado» que el arte hace reverberar sobre la realidad, traduciéndolo en vivencia compartida.

Palabras clave: Rosalba Campra; memoria; persistencia; negación; reconstrucción; invención

1. «... ese grado refinado de la imaginación que es el recuerdo»

Una pregunta preliminar a las muchas preguntas que aquí serán objeto de mis reflexiones: ¿es acaso posible recorrer en sentido inverso el camino en pos de lo que el tiempo dejó atrás? Remontar el pasado, se sabe, es empeño de éxito incierto, comparable a la persecución de una esquiva criatura que se sustrae a cuanto esfuerzo realicemos para atraparla. En el poema «Persiguiendo a una deidad huidiza» enumeró (aunque desconfíe de su eficacia) algunos ardidés entre los más usuales:

La veo ya predisponerse
a la mentira.
Lo que no sé es si eso significa
que lo esté haciendo adrede,
por capricho,
o por mera costumbre de escaparse.
O si se tratará de aquel asunto
de ser frágil por naturaleza:
y lo que uno recoge
son añicos.
Quizás sería mejor darse una vuelta
los dos solos por la plaza
en vez de acosarla con preguntas,
o de ir, a escondidas, a hurgar
en los roperos.
¿Serviría más secundar sus devaneos?
¿O en cambio fingirse distraído?
[...]
¿O mejor será estar quieto a su vera y,
sin pretender fidelidades,
compartirla con los demás enamorados?
Tal vez cortejándola al unísono,
[...]

te conceda una caricia, un guiño
o bien un silencio inexplorado,
del que extraerías una confesión
de errores y de excesos y de heridas,
de omisiones, de enmascaramientos
con que llenar la página,
esa página
en la que crearás
tener al fin
a Mnemosina
tuya y sujeta.

(Campra 2018: 13-14)

Un acoso sin tregua que existe desde que en el ser humano existe la conciencia. En lo que a mí respecta, puedo decir que ese andar tras Mnemosina es una obsesión que me frecuenta desde hace muchos años. Mis primeros pasos en los estudios literarios consistieron en una exploración de la memoria y sus oscilaciones: mi tesis de licenciatura en Córdoba (Argentina) se titulaba «La hantise du passé dans *Le Grand Meaulnes* de Alain Fournier». A partir de ahí, a esa *hantise* están dedicadas mis andanzas en la escritura: al rastreo de una memoria, sea personal o colectiva. Limitándome a su presencia en el título, podría citar testimonios como «Austral. Memoria y presente» (2009); de los ensayos forman parte, por ejemplo, «Los cuentos de Augusto Roa Bastos o los caminos de la memoria» (1990); «Ciudades de la memoria: Córdoba» (1998); «Usos de la memoria, usos de la palabra» (2007); entre las ficciones, *Formas de la memoria* (1989); *Dal libro della memoria / En el libro de la memoria* (2000).

Tanta insistencia no presupone, sin embargo, un trazado global. Tampoco el que aquí propongo lo será, así como tampoco nacieron de una intención orgánica los textos que citaré: su cohesión (si existe) la han encontrado después de la escritura.

Para quienes piensan que es en la historia personal de un autor donde puede buscarse el porqué de las líneas de su producción crítica, o teórica, o ficcional, pongo a disposición la escena siguiente. Tengo unos seis años. En la conmemoración escolar del levantamiento del 25 de mayo de 1810 contra el dominio español, me toca recitar una poesía que empieza diciendo «Así me gusta verlo al veinticinco, / nublado y tristón como en el año diez»... Llegada a ese verso me detuve, miré al público, declaré: «No me acuerdo más» y bajé del escenario. Fin de mi carrera teatral. Desde entonces trato de acordarme de los versos que venían después. ¿Estarán esperándome en alguna parte? Demasiado temprano me tocó descubrir que la memoria suele jugar malas pasadas.

Un rastreo en los diccionarios pone en evidencia estos riesgos. En el *Diccionario de uso del español* de María Moliner, *memoria* es «facultad psíquica con que se recuerda», y el sustantivo se acopla con los verbos «Fijar. Grabar. Incrustar. Mantener en». E inmediatamente: «Borrar de». En lo que concierne al italiano, el diccionario Zingarelli la define como «función general de la mente, consistente en recordar la experiencia pasada». Entonces el lector curioso busca *recordar* y se topa con una definición que lo devuelve al punto de partida: «conservar en la memoria, tener presente en la memoria». Para el diccionario portugués de Houaiss es «capacidad de recordar»,

y el singular ejemplo propuesto, «perder la memoria». Más abstracto, mi antiguo *Petit Larousse Illustré* dice «facultad de conservar las ideas adquiridas anteriormente». Más moderno y quizás más informado sobre cuestiones neurológicas, el *Oxford* la define como «poder de mantener hechos en la mente consciente y de ser capaz de convocarlos voluntariamente».

Hechos, ideas. ¿No será demasiado optimismo respecto al poder de la voluntad y la conciencia? Más realista, un verso de Saúl Sosnowski advierte que «la memoria no pide permiso» (2017: 17).

Aceptando que sea una facultad, se trata de una facultad antojadiza. Intermitente. Porosa. Perdidiza. Incompleta. Falaz. Centelleante. Imprevisible. Aquí me gustaría proponer un juego de grupo: cada uno de los participantes anota en un papelito los diez adjetivos que le parezcan más adecuados para definir la memoria. Después se recogen los papeles, se eligen las tres, cuatro o cinco palabras que presenten mayor frecuencia (o bien, al contrario, aquellas mencionadas sólo una vez) y se sondea la productividad de sus combinaciones...

Lo que en cambio ofrezco en estas páginas es simplemente una puesta en común de preguntas y, ya que no poseo las respuestas, mi exploración de esas preguntas en la escritura. Presentaré esa exploración a través de la lectura de algunos de los poemas y microrrelatos en que he ido desandando mi propio camino por los territorios de la memoria y por los del olvido y la nostalgia, que la rodean y marcan sus confines asegurando a la vez su existencia: un trazado que se desdibuja en los traicioneros desvíos generados por la invención. En una de las páginas de mi *Constancias*, una especie de autobiografía en imágenes (Campra 1997: 23) puede verse (Fig. 1) cómo algo entra en el molinillo de la memoria:

*Pero como seguramente sabe
el paciente lector, en la
época de poder las reuniones
a veces entra una cosa, y lo
que sale
es
algo diferente.*



Fig. 1

Y cómo lo que sale (Fig. 2) es algo diferente:

*Pero como seguramente sabe
el paciente lector, en la
revisión de estos recuerdos
a veces entra una casa, y lo
que sale
es
algo diferente.*



Fig. 2

Es decir, subtiende estas reflexiones una concepción del pasado como efecto del relato que lo reconstruye. O mejor dicho lo construye, ambiguo e inverificable. Para definir ese relato, quizás serían más adecuados que los míos los adjetivos que utiliza María Udriot en referencia a una exposición en la que recrea el recuerdo de su casa a través de diseños de arquitectura, objetos, fotografías, textos: «Este es un relato de la memoria [...], y por lo tanto, es abierto y escondido, confuso y elaborado, y se mueve entre zonas grises, oscuras y a veces iluminadas» (Udriot 2003: 24).

Imprecisiones que pueden atribuirse, por una parte, a la naturaleza fragmentaria del repertorio que provee los materiales; por otra, a la pertinencia de los instrumentos con que se cuenta para darles forma. Y a las distorsiones impuestas por nuestra reelaboración, consciente o inconsciente: las neurociencias han identificado áreas comunes para la actividad cerebral de recordar y la de imaginar. En última instancia, pues, lo que aquí intentaré cercar es (según la certera definición propuesta por Gabriel Ábalos en la frase que he elegido para titular este apartado) «ese grado refinado de la imaginación que es el recuerdo» (2014: 35).

2. «... el pasado tiene lugar sólo en el presente»

Esta ciudad mía
donde llueve en verano
para que el azul de las cúpulas
reluzca
para que muy de madrugada

pueda verse
un submarino ruso
bajar por la Cañada
y desde más allá
no demasiado lejos
los Pozos Verdes devuelvan
sus ahogados.
Eso sí, todo sin prisa.
Esta ciudad mía
en la memoria
es sosegada.
Sólo en la memoria
es decir en la ausencia.
Cuando digo mía
es porque estoy mintiendo.

Al escribir este poema, «Desde Córdoba de la Nueva Andalucía» (Campra 2017: 11), dedicado a mi ciudad, me veo obligada a una primera constatación: la memoria implica la aceptación del pasado como ausencia. Paradójicamente, entonces, como afirma Giorgio Agamben, «es evidente que el pasado tiene lugar sólo en el presente, vive sólo en su epifanía en el instante que se presta a acogerlo» (2018: 24).

Lo que ya no es se transforma, a partir de la experiencia misma de su inexistencia, en experiencia del relato que lo actualiza. De allí la certidumbre (¿la esperanza? ¿la ilusión?) sobre la palabra como garantía de persistencia, paralela a la conciencia de la posibilidad (¿el riesgo? ¿el peligro?) de que la palabra, al igual que todo, deje de ser, como me resigno a escribir en «La biblioteca»:

Muere Zeus pero, en el himno
en su honor, sigue existiendo.
No es eso exactamente
lo que dijo el poeta,
es lo que la memoria
me dicta de sus versos.
A eso me refiero,
a la memoria,
a vivir amparados
por la promesa de una voz
perdurable.
Hay bibliotecas
todavía
hay museos
todavía
todavía
contra la disipación
en humo, en polvo, en sombra,
en nada.
Como si fuera acaso a importar
en el trazado

de la improlija cartografía
del universo
la ausencia
de un sol más
que se sume
se sume
se sumió
en un agujero negro.

(Campra 2017: 33-34)

Esas palabras que «la memoria/ me dicta» para incluirlas en el presente de mi propia palabra son de Carducci, de Góngora... ¿Palabra ajena? Lo que las teorías de la literatura designan como intertextualidad es una forma particular del llamado a la memoria: una convocación a ir más allá de la satisfacción erudita de reconocer la multiplicidad de voces en un discurso e identificar su fuente. Es decir, memoria es convocación y reconocimiento del espesor temporal.

Al incluir en el ahora el mundo del que esas palabras proceden, la memoria desempeña un papel en la configuración de la identidad, como subraya Gian Biagio Conte en *Memoria dei poeti e sistema letterario* (1974). La tradición literaria atestigua desde tiempos remotos esa fe en el relato como sustento de la perduración del pasado, personal y colectivo, en un 'hoy' que cada 'yo'-cada 'nosotros'- renueva. Entre las innumerables citas posibles, recurro a John of Salisbury que, hacia 1159, en su *Policraticus* se pregunta: «¿Quién conocería a los Alejandros y los Césares o podría admirar a los peripatéticos si no los hubiera hecho célebres el recuerdo de los escritores? ¿Cuántos reyes crees que existirían si sobre ellos no hubiera ningún discurso o pensamiento?» (1979: 45). Formulación arquetípica que, indiferente al mudar de los siglos y de la geografía, sostiene la elocuencia de los versos que José Hernández pone en boca del gaucho Martín Fierro:

Más que yo y cuantos me oigan
Más que las cosas que tratan
Mas que lo que ellos relatan
Mis cantos han de durar.

(Hernández 2001: *Vuelta* vv. 97 - 100)

¿Pero qué clase de palabras, para contar qué, y para quién? La novela de Sebald, *Austerlitz*, al preguntarse sobre la posible carencia de un destinatario, abre una melancólica perspectiva sobre la disolución de toda historia, «de las cosas que caen incesantemente en el olvido con cada vida cancelada, de cómo el mundo se vacía podría decirse por su propia cuenta, desde el momento que las historias, unidas a innumerables lugares y objetos de por sí incapaces de recuerdo, no son oídas, anotadas o contadas a otros por nadie» (2002: 31).

El blanco perturbador al que apunta ese «incesantemente» es el carácter selectivo de la memoria; selectividad que se manifiesta a través de la elección entre palabra y silencio, estableciendo lo que merece ser contado: lo que será conservado, o no, para los tiempos venideros. En «991 A.D.», Borges transforma esta elección en materia narrativa explícita. El guerrero sajón Aidan obliga a su hijo Werferth a no

participar en el combate contra los vikingos invasores. El joven se niega, temiendo que se lo considere un cobarde. Y esta es la respuesta de Aidan: «Tienes que renunciar a la contienda, para que perdure el día de hoy en la memoria de los hombres. Eres el único capaz de salvarlo. Eres el cantor, el poeta» (Borges 1993: vol. IV, 39).

Que el resultado de la batalla sea victoria o derrota, en esta perspectiva, no tiene importancia. Si se trata de circunstancias 'memorables', la memoria se activará para dar cuenta de ellas. El problema de fondo es, entonces, ¿a qué hechos –o dichos– se les reconocerá una grandeza tal que justifique la necesidad de su perduración?

3. «... mi pasado se disuelve, dejo espacio al silencio»

Los hechos que corren el riesgo de disolverse, como puede suponerse, no son las heroicas contiendas que cita Borges, sino los nimios combates de los protagonistas de una historia anónima: una memoria sin relevancia. A menos que algún historiador muy especial, como Plutarco, rescate los «dichos memorables» no sólo de reyes y generales, sino también los de anónimos espartanos y espartanas. A tal pecado de irrelevancia de las vidas anónimas que la oscuridad envolverá he dedicado el microrrelato «La historia»:

Se apeñuscan en la sombra, con la inalterable esperanza de ser percibidos, tratando de alcanzar el borde resbaladizo, volviendo a caer en silencio unos encima de otros. Nacimientos de reyes, desastres e invenciones, sobre todo batallas, en las que refulgen traiciones y gestos de magnanimidad. De vez en cuando, rescatadas desde lo alto, nimias contiendas de familia, autobiografías de criminales o de gente de circo, errores y desencuentros. [...] Funcionarios pagados para eso eligen en la sorda tiniebla los hechos que recibirán la gracia de la significación. Juegos de niños y sociedades secretas. Caídas de las monarquías. Descubrimientos. Una vez un almuerzo de enamorados consigue trepar hasta el borde, asomarse por fin a la meseta sembrada de jalones. Pero por más que se aferre es inútil, la fuerza de succión lo devuelve de nuevo al fondo, en medio de los domingos sin nada que hacer, de los recuerdos felices de una lavandera.

(Campra 2009: 85)

En los versos de «Notre vie» de Paul Eluard, que cito como título de este apartado, el pasado «se disuelve» (2002: 112). A lo mejor es un eco de esos versos lo que en «La historia» me empujó a la metáfora de un borde abierto a un hueco sin fondo... Por su lado, el poema de Borges «Milonga de don Nicanor Paredes» sentencia: «Cuánta memoria se apaga» (2002: 340). Una metáfora más: un fuego que se extingue. ¿Cuál entonces la imagen que latía en el fondo de mi memoria? Cuando, como en una nota de Antonio Padellaro sobre los silencios relativos al asesinato de Aldo Moro, se habla, más materialmente, de «escombros» (2018: 12), ¿obligaría la metáfora a excavar?

¿Es el olvido lo que se metaforiza en estos casos? ¿Sólo el olvido? Si recogemos y analizamos esas metáforas (como proponía para los adjetivos relativos a la memoria), ¿desentrañaríamos (¡una metáfora más!) alguna otra clase de secreto? Los diccionarios, como veíamos más arriba, parcamente, borran.

Es que a las nimiedades de los importantes, de los que cumplen una función pública, se les concede un lugar en el género literario canónico constituido por «Diarios» o «Memorias», a menudo justificados únicamente por la relevancia de quien

firma: la fama es garantía de muchas cosas... Por el contrario, la cotidianidad o el heroísmo de los sin nombre revestirá, a lo sumo, el carácter y el interés de un documento antropológico: un canon subalterno.

Y eso, si es que sobreviven al deterioro de la oralidad. Porque si bien he destacado la necesidad y el poder de la palabra, no he subrayado que ha de entenderse 'palabra escrita'. La memoria confiada a la oralidad, en particular cuando se trata de la memoria personal y, más en particular, la de quienes no ocupan el primer plano en el escenario de la historia, está irremediabilmente condenada a disolverse, a apagarse, a despenarse en la nada.²



Fig. 3. Memoria V

De alguna manera es entonces un rescate de esos pasados el que emprendí en una serie de collages completados con un breve texto, numerados de I a VI y reunidos bajo el título *Dal libro della memoria/ En el libro de la memoria*.³ Mientras los collages I,

² A esta irrelevancia de los postergados tratan de poner remedio empresas como la de Saverio Tutino a quien debemos la creación en Italia de la Fondazione Archivio Diaristico Nazionale de Pieve Santo Stefano que recoge diarios, autobiografías, epistolarios y otras formas de memorias personales.

³ Estos collages se presentaron en la exposición *Femminile altrove* (Córdoba Bratislava Dublino → Roma), Salon Privé Arti Visive, Roma 2000. Posteriormente he ampliado y reelaborado en español los textos (originariamente en italiano, y reproducidos en el catálogo correspondiente) de los collages IV, V y VI bajo el título general «Manual para transeúntes», publicado en Campra 2017.

II y III se relacionan con la historia de un país –el mío, Argentina–, los tres siguientes están dedicados a una búsqueda en la memoria individual. Porque para todos nosotros llega un momento de la historia personal en que van desapareciendo aquellos a quienes podíamos hacer preguntas sobre nuestro propio pasado. En el *Libro de la memoria*, «Memoria V» (Fig. 3) consigna lo irreparable de esas ausencias en un breve párrafo que posteriormente se transformó, en la versión española, en el poema «Silencios», del que propongo un fragmento:

Regreso a la casa
de la infancia.
[...]
Pero en la casa aquella
no hay un retrato mío;
los de antiguos muertos
solamente. Demasiado
alto están colgados
y en silencio.
Ya no sé qué preguntas
podría haberles hecho.
[...]
Me siento ya cercana
a transformarme en una
antepasada,
yo también en silencio.
Tal vez no he regresado.
Puede haber sido un sueño.
Nunca fue esta mi casa.
Me parece.
La memoria abunda
en jugarretas.
A quién le habrá dolido este pasado.

(Campra 2017: 113-114)

4. «... políticas de la desmemoria»

Oscuridad y silencio están siempre al acecho, revisten formas tan variables y variadas como sus causas. La base neurológica de la memoria puede ser responsable, por patologías o accidentes, de un deterioro parcial o total. En los párrafos siguientes, el tipo de borramiento al que me refiero es de otra clase: la cancelación de matriz ideológica. Fernando Reati, en referencia al caso específico de las secuelas del golpe de 1976 en Argentina, habla de «políticas oficiales de la desmemoria» (2007: 159). El caso de las políticas «oficiales», en tanto que prohibición explícita, es evidente por sí mismo. La visibilidad de su imposición actúa como un subrayado de lo que pretende negar, y puede así desembocar en reacciones de protesta y reivindicación. Un ejemplo de la persistencia de políticas oficiales negacionistas es el caso de la prohibición de referirse al genocidio armenio en Turquía y, más recientemente, la aprobación en Polonia, el 27 de febrero 2018, de una ley que prevé hasta tres años de cárcel

para quienquiera que asocie el adjetivo *polaco* a los campos de exterminio nazis, como Auschwitz, o de algún modo atribuya a Polonia una responsabilidad en el Holocausto.⁴ En nuestra lista de adjetivos para la memoria podríamos enumerar entonces una serie de palabras relativas a áreas semánticas muy diferentes de las que hemos recorrido hasta ahora: Legalizable. Archivable. Manipulable. Modificable...

La desmemoria como obligación, so pena de cárcel. Pero existen también políticas «no oficiales». La negación en este caso se transforma en lo que podría definirse como una naturalización de la desmemoria, dejando de ser percibida como silencio o distorsión impuesto desde algún tipo de autoridad, para aparecer en cambio como una consecuencia previsible –es decir, normal– del paso del tiempo.

Entre los procedimientos naturalizadores de mayor eficacia, un rol fundamental lo desempeña la eufemización. En uno de mis regresos a Argentina, recorrí un hermoso paraje en las sierras de Córdoba, el Paso de las Tropas. El nombre se debe a que allí se detuvo el ejército en la época de la «Pacificación del Interior». En los manuales de historia argentina aprendí que el período que sigue a la Independencia es el de la «Organización nacional». Cuando estuve en condiciones, gracias a otras lecturas y a la edad, de traducir esas palabras, entendí que se trataba del eufemismo con que negamos la existencia de nuestras guerras civiles del siglo XIX. Los mismos manuales llaman precisamente «Pacificación del Interior» a lo que fue una guerra de Buenos Aires contra las provincias.

Ofuscación y silencio tienen a su vez otro resultado natural: la ignorancia. Y un corolario, el desinterés. Un proceso de negación a cuyos resultados devastadores alude «En busca de la Isla Grande», dedicado a las poblaciones autóctonas de la Tierra del Fuego:

[...]
Esto fue tierra de indios:
llévenme a ver sus ruinas,
la huella de sus dioses y sus cantos.
-De qué ruinas me habla.
Estos eran canoeros.
Ni siquiera un idioma dejaron.
-¿Cómo saber entonces quiénes fueron?
O cómo se llamaban, por lo menos.
-Si usted es de los que creen que un nombre
hace entender algo
de lo que uno fue,
ya mismo se lo digo:
no eran nadie.
Tan nadie, que el nombre
que les daban los otros
no es el que ellos se daban
para hablar de sí.

⁴ Esta ley fue retirada poco tiempo después. Una amplia información sobre el tema y las reacciones internacionales se encuentra en *Il Sole 24 ore*, suplemento del domingo 28/1/2018: 8. De carácter más general, véase la información sobre este y otros aspectos análogos del revisionismo histórico cultural como «ocupación» de la memoria en *Il fatto quotidiano*, 2/3/ 2018: 15, y en *il manifesto*, 13/10/2019: 9.

[...]
llámelos como quiera.
No van a contestarle.
Se terminaron. Todos.
-Entiendo. Esas cruentas batallas
que a una raza dan fin.
-Lo siento, no. A lo sumo
alguna cacería por cuestiones de ovejas.
O para ejercitar la puntería.
Y el sarampión. La ropa.
Se acabaron de a poco. Un día
hubo uno que fue el último.
A lo que recuerdo, una mujer.
-Me pregunto si existe una palabra
para explicar la razón de tanta ausencia.
-Habría que ver los diccionarios.
Están llenos de palabras para todo.
-Habría que ver, sí. ¿Tal vez
indiferencia?

(Campra 2017: 15-16)

Tal vez el único modo de recuperar esa memoria y reparar ese silencio sea entonces dar la palabra a los silenciados. Es lo que he tratado de mostrar en los collages del *Libro de la memoria*, ya citado, con una recuperación del pasado que es también, o sobre todo, una recuperación material.

Sobre un fondo de amate (el tipo de papel utilizado en los códices precolombinos) se despliegan documentos de deuda de principios del siglo xx; sobre estos, fotografías antiguas en transparencia –un modo de conservar la visibilidad del documento– y al pie mi texto manuscrito. Esos papeles subscriptos por campesinos que se comprometían a saldar su deuda con su trabajo, su cosecha, su vida, son testimonios feroces del despojo y el sometimiento. Testimonios de la incapacidad de defenderse ante la injusticia porque no se dispone de la palabra y, sobre todo, de la escritura: las firmas, declara el documento, no corresponden a la identidad del firmante; están ahí «en lugar de». Se trata de documentos auténticos del juzgado de Momostenango en Guatemala, pero lo que implícitamente denuncian sobrepasa la historia de un único país, iluminando lados oscuros de la historia de América Latina, y por eso me he servido de ellos para un rescate memorial dedicado a la Argentina (Fig. 4).

En «Memoria III», el texto condensa el silencio con que la historia oficial, designándola con un engañoso «Conquista del Desierto», ha cubierto la guerra emprendida contra los indios por el Gobierno de la Nación de la que esos indios formaban parte. En el nivel visual, he metaforizado ese silencio a través de la mordaza que impongo al Cacique Manuel Namuncurá y su familia. La fotografía, uno de los documentos reproducidos en el volumen *Campaña del Desierto (1878 -1884)*, fue tomada el 24 de marzo de 1884 después de la rendición de Namuncurá en el fortín de Paso de los Andes. De pie, detrás del cacique, sus hermanos y el intérprete; a su lado, una

de sus mujeres y su hermana; en primer plano nos interroga para siempre la mirada de su hijo Juan Quintunas.

Memoria III

No sabían ni leer ni escribir. Algún otro puso una firma en lugar suyo. La vida suya, ¿quién la vivió? ¿Quién soñó sus sueños? ¿A quién podrán un día ser devueltos?

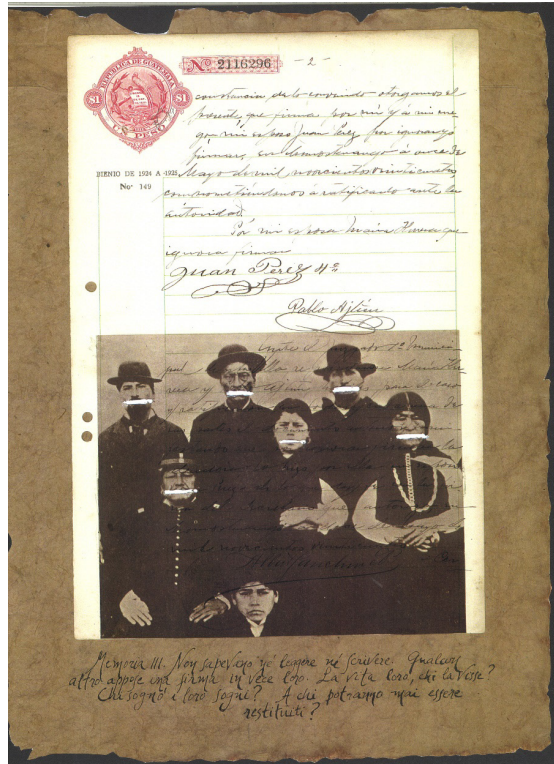


Fig. 4. Memoria III

Y no puedo menos que referir una circunstancia significativa respecto a la perduración de lo que se escribe. En la exposición del *Libro de la memoria*, del que forma parte esta obra, pinté el prólogo en la pared. Preocupada por el daño que podía causar, le pregunté al galerista si no tenía problema en que le arruinara la sala. La respuesta dio por tierra con mis veleidades sobre la perdurabilidad de la palabra: «—Oh no, total, después le pasamos una mano de pintura». ¿Puede haber respuesta más elocuente que esa? La memoria cubierta por una capa de cal...

5. «... según me cuenta el recuerdo/ el recuerdo o el olvido»

¿Contra la memoria, el olvido? ¿O se tratará más bien de un 'junto a' que busca integración? Un recorrido veloz y asistemático por los mismos diccionarios consultados para *memoria*, en relación a *olvido* me proporciona una serie de palabras

cuya referencia material acentúa las connotaciones catastróficas: sepultar, enterrar, caer, hundirse. Contra esa clase de derrumbes existen desde la antigüedad técnicas para la conservación o el restablecimiento de la memoria. Los ejemplos del diccionario de María Moliner que he citado al principio («mantener en», «borrar de») sancionan la concepción de la memoria como un repositorio donde se conservan las ‘cosas’ del pasado. Una concepción que históricamente se ha expresado en ciertas técnicas de memorización de espacios mentales: como muestran Yates en *El arte de la memoria* (2005) y Pich y Torre (2017) en su edición del manuscrito del siglo xv *Di l'artificial memoria* se puede poner orden en los recuerdos a través del trazado de arquitecturas –teatros, palacios– que visitaremos mentalmente cuando queramos recuperar el pasado que, bajo forma de imágenes o de palabras, allí hemos guardado.

¿Y para lograr el olvido? ¿Hasta dónde alcanzan los resultados de este eventual ejercicio? Tan arbitrario como la memoria, el olvido no es un acto que la voluntad por sí sola pueda resolver. Ya lo hacen suponer los numerosos ‘Días de la Memoria’ que marca el calendario. Y es que esas constelaciones variables que constituyen la memoria incluyen también las conexiones con las ausencias. El relato sólo puede irse completando en tanto que relato si acepta vacíos: como sugiere Borges en «Alguien le dice al tango», en los versos que dan título a este apartado (1965: poema VIII s/n), también el olvido configura identidad.

En la sociedad telemática, el «derecho al olvido» significa la posibilidad de borrar de la red informaciones que nos atañen, es decir, sancionan el derecho a ser olvidado. ¿Y el derecho a olvidar? Las políticas del olvido, oficiales y no, ¿se opondrían entonces a las de la desmemoria, oficiales y no? Cuestiones que aluden a tiempos de violencia en una sociedad o, en un plano personal, a traiciones, a despotismos o maltratos. Es decir, una colectividad, o una persona, toma en cuenta la posibilidad de una elección que apueste al olvido como instrumento (por más discutible que este sea) para superar conflictos y llegar a una reintegración, ambigüedades que un ensayo de Karl Kohut (2013) lleva al primer plano ya desde el título: «Poder, violencia, memoria».

La pregunta que queda pendiente, pues, es si se trata de olvido o de un término supuestamente más neutro para referirse al perdón. Lo cierto es que se puede decretar el silencio; el olvido, por su parte, al igual que la memoria en el verso de Sosnowski citado al principio, no pide permiso.

Las preguntas se van acumulando. A ¿qué merece ser recordado?, se superponen otras como ¿a quién compete recordar?, ¿existe una responsabilidad compartida? O, pasando a un registro metafórico, ¿es verdad que «el pasado es un país extranjero»? Estoy usurpando aquí la frase inicial de la novela de L.P. Hartley *The Go-between* (2004: 3). En su origen, una frase aseverativa. Si la he transformado en pregunta, es para poder contradecirla con esta otra metáfora: el pasado es una patria común. Por eso la memoria puede articularse en la forma de un diálogo (explícito o implícito), entre lo personal y lo colectivo, abriendo entonces las puertas a la contradicción, como en estos versos de mi poema «Pertinencia»:

De eso que usted dice
no conservo memoria.
Los recuerdos que siento más cercanos
son recuerdos de infancias venturosas
[...]
¿Que le parece demasiado lejos?
¿Lejos dónde? ¿En el tiempo?
[...]
¿Que las fechas no cuadran?
Y si le digo que soy una
de los que se salvaron del Titanic,
¿también va a decir que no? ¿Que no es posible?
[...]
Doctor, usted no entiende nada.
[...]
De lo que aquí estamos hablando
es de a quién pertenece la memoria.
Según usted, ¿tiene importancia
que yo no hubiera nacido todavía?
¿Que habría de nacer más tarde, y lejos?

El texto continúa con la transcripción de frases grabadas en placas de bronce (*'pietre d'inciampo'*) que hoy citan, en muchos umbrales de Roma, el nombre de sus habitantes hebreos, arrancados de sus habitaciones, deportados, y asesinados en Auschwitz:

[...]
No hacen que uno tropiece.
Ahora sí los veo:
relumbraban.
Porque alguien los lustró
en signo de memoria.
O por tanta pisada indiferente.
Sucedió en otro tiempo.
Es la calle que hace esquina con la mía.
Hace falta mucho menos
para que lo recuerde para siempre.

(Campra 2017: 35-38)

Memorias divergentes que a veces se completan mutuamente, o que ponen de manifiesto la imposibilidad de una síntesis. Pero de todos modos un bien común. Un lugar común, en su sentido literal. Es decir, la memoria no sería lo dado y definitivo, sino una construcción ininterrumpida, en tanto que necesidad auténtica de entender y preservar para compartir, en correspondencia con lo que Mario Goloboff señala como lo específico de la memoria: «La memoria como lo que se rescata en la lucha, para asegurar una permanencia sin la cual nada nuevo puede siquiera empezar a construirse» (2016: 102).

Naturalmente, esta conciencia no es suficiente para poner a salvo del riesgo de la monumentalización –con su progresión en la secuencia que lleva de la museificación

al embalsamamiento- y de la posible deriva en la instrumentalización -tanto
aquietamiento de la conciencia como redituable garantía de reconocimientos públi-
cos. En mi «Ronda del exilio» hay quien se atreve a preguntarse

Los que fuimos heridos
hasta la más honda médula,
los que éramos viajeros casuales
y aprovechamos el envión para quedarnos
¿habremos olvidado
que por igual medrábamos?

(Campra 2017: 12)

6. «... pasado irreal que de algún modo es cierto»

El olvido es, probablemente, una facultad, o una función, tan paradójica como la memoria. Pero no cabe duda de que la mayor de las paradojas es la que se expresa en la nostalgia: un recuerdo al que el paso del tiempo confiere ribetes míticos, según un mecanismo que «Córdoba IV», otro de los poemas que he dedicado a mi ciudad, lleva a primer plano:

La recova del Cabildo, más umbrosa.
Los aguaceros del verano, más fragantes.
Más azules sus noches y sus cúpulas.
Una canción de cuna lo que bulle en la creciente.
Así, con la exactitud de la nostalgia.

(Campra 2007: 19)

Si, como para las otras etapas de este camino, recurro al diccionario, se hace evidente un desfase en la categorización: a diferencia de *memoria*, *nostalgia* no es ni una facultad ni una función. La nostalgia es un sentimiento: un dolor, como impone la etimología; un ansia de regreso; una búsqueda de situaciones transcurridas que se querría revivir; un deseo de recuperar algo que se poseyó en el pasado... Una ambigua particularidad de la memoria, que consiste en magnificar la conciencia del «ya no». Bien lo sabe el protagonista de esta microficción, «En loor de la pérdida»:

Siempre tuvo la sensación de no pertenecer a esta familia de la que lleva el nombre. La razón de su sospecha no es la diferencia de forma, sino el rasguño de la nostalgia. Nostalgia de algo que nunca conoció, inmensidades acuáticas, desiertos de talco finísimo, florestas, planetas opacos que dan vueltas cada vez más lentas alrededor de un sol a punto de apagarse. Es por ese motivo, precisamente, que, como todos los de su estirpe, fue adoptado por una familia de otro sistema estelar más joven, sin riesgo de extinción.

No sabe, pues, quiénes son ni adónde han ido a parar sus semejantes. Sólo sabe que la nostalgia de la pertenencia es como un hueco sin bordes donde algo late insistente, llamando. El relato del que es protagonista no prevé ninguna sorpresa, ninguna descripción de un cuerpo dotado de tentáculos en vez de brazos, o recubierto de escamas, por ejemplo, sólo un encuentro en uno de esos bares de las orillas donde van a recalar los navegantes. Allí, acodado o bien desparramado en la barra, podría ser que viera una criatura acercarse, y se mirara en un espejo, y se descubriera igual, y que la criatura le devolviera la mirada y se acercara flotando, o a los tumbos, o reptando, según diera más lustre a la narración, y se

estrecharan en el abrazo de quienes por fin han reconocido su estirpe, y después se fuera cada uno por su lado, porque la nostalgia es un sentimiento que vale la pena preservar.

(Campra 2015: 79)

Ahora bien, si estamos dispuestos a aceptar que el pasado de los otros nos concierne, podemos también aceptar la paradoja de la nostalgia como asunción de algo no vivido en primera persona: «nostalgia de algo que nunca conoció», como la del personaje de mi microrrelato. Memoria de un pasado que no me pertenece pero al que puedo acceder, y asumirlo más allá de la circunstancia de carecer de una experiencia concreta sobre la cual asentar su origen. Una melancolía al parecer sin una fuente, porque nace de un «nunca fue».

Reflexionando sobre su nostalgia de las islas Faroe, la novelista danesa Siri Ranva Hjelm Jacobsen se pregunta «¿... cómo puedo sentir nostalgia por un lugar donde nunca he vivido? ¿Y qué hago con una nostalgia recibida en herencia?» (2018: 14). Es verdad que esas islas son, sí, el lugar de origen de su familia, pero se trata de un lugar donde ni ella ni su madre nacieron o vivieron.



Fig. 5. Memoria IV

La pertenencia a un discurso compartido otorga razón y legitimidad, más, otorga existencia a la nostalgia que nace de una experiencia ausente de la memoria personal. En algún caso antepasados migrantes, por medio de fotografías y relatos, son los proveedores de un espacio concreto sobre el que los descendientes pueden ejercer esa forma de nostalgia. La experiencia del viaje de inmigración (que fue, como la de tantos otros, la de mis antepasados) tiene en «Memoria IV» (Fig. 5), uno de los collages del *Libro de la Memoria* (cuyo texto creció hasta desembocar en el poema «La travesía»), la consistencia de un sueño:

Quien recuerda comparte ese sueño con sus abuelos, «que en el sueño eran niños/ como ella». Y este es el cierre:

Le reclamaban
que señalara el lugar
de la esperanza
en ese mapa aún desconocido.
Un lugar donde nacer, para que ella
ahora acierte a preguntarse
qué será esa cuestión de la nostalgia.

(Campra 2017: 112)

La añoranza por la patria dejada atrás es un *topos* al parecer insoslayable en la literatura de y sobre la inmigración. ¿Pero qué clase de añoranza es esa que surge de una realidad desconocida como tal para quien la sufre? ¿Cuál es su surgente? ¿Cómo se justifica la consistencia que «El tango» de Borges, refiriéndose al «recuerdo imposible de haber muerto», atribuye a un «pasado irreal que de algún modo es cierto»? (1961: 148). Una certidumbre indemostrable, pero «de algún modo» referida a la propia experiencia. A esa clase de certidumbre que supera la noción estrecha de memoria se refieren los versos de mi «Regreso a Itapoán»:

En aquel tiempo había discos de vinil.
En la voz de Caymmi con un enamorado me paseaba
por las arenas blancas de Itapoán.
En los CD la voz de Caymmi hoy se oye opaca.
Alrededor han crecido las tapias, ya no susurra el viento
entre las palmeras de Itapoán.
Cuánto cambió todo, digo mientras paseo de la mano
con otro enamorado que hoy me trae
a conocer las playas de Brasil.
Me habías dicho que nunca estuviste en Itapoán, reprocha.
Cómo explicarle que la nostalgia a veces prescinde del anclaje,
que este lugar quedaba en una canción.

(Campra 2017: 81)

Quien habla en este poema nunca ha recorrido Itapoán, pero en la canción de Dorival Caymmi lo ha visitado antes de estar allí por primera vez. Ese recuerdo no puede reivindicar la relación con una experiencia concreta, pero no por eso puede relegárselo a la categoría de falsedad. Tal vez, entonces, pueda sortearse la definición de un pasado como 'irreal' y, situándolo en otra zona de la memoria, reconocerle la

condición de 'cierto'. La música abre las puertas a esos prodigios (o esas trampas). Esta creación de recuerdo y de su consecuencia, la nostalgia, transfiere la experiencia individual de lo perdido en una representación capaz de renovarse indefinidamente: una verdad que el arte hace reverberar sobre la realidad, traduciéndola en vivencia.

Por eso, en la lista de los adjetivos correspondientes a *memoria*, por más que la definamos incompleta, habría que agregar, sin temor al oxímoron, omnipresente: entre las capacidades de la memoria se cuenta la de desbordar.

En mi «Ronda del exilio» citado más arriba, los exiliados, «convencidos/ de que la ironía/ salva», bromean sobre subir a la torre más alta y desde allí tirarse. Hay un problema, sin embargo: «¿a quién de nosotros/ sudacas/ va a alcanzarle la plata/ para pagar la entrada?». Y estos son los versos finales:

Pero ningún exilio tiene fin
para ninguna torre me alcanzó la nostalgia.
El puente de donde me tiré era un puente cualquiera
y no quedaba ya en ninguna parte.

(Campra 2017: 14)

7. ¿Conclusiones? «El terco intento de volver...»

¿Existe un arribo para este tipo de regreso? Tal vez se trate de llevar a cabo la exploración de la memoria como instrumento, entre otras cosas, para trazar una cartografía donde situar el pasado y compartirlo. Para que deje de haber puentes que no quedan ya «en ninguna parte». Para que pueda aspirarse a todo espacio como propio.

Por eso el pasado con frecuencia se emblematisa en la imagen de la casa: sagrario de la memoria, del olvido, de la nostalgia, lugar siempre habitable donde el peregrinaje en pos de lo que el tiempo dejó atrás alcanza su meta en el presente, adentrándose en ese espacio invulnerable al devenir cuya existencia todos intuimos, y que Gaston Bachelard, en páginas resplandecientes, nos ha enseñado a reconocer. Como término de este desandar, los invito entonces a que entren en mi casa, tal como la recorro en el poema «La morada»:

El terco intento de volver
a la casa del pasado.
La memoria laboriosa prueba
a abrir la puerta de vitrales
que lleva a la terraza.
Se mira en el remate
de cristal del pasamanos
tallado de manera que refleja
el mundo. Se pregunta
si el cuarto de los juguetes
daba al salón de la planta alta.
Y el piano dónde estaba.
¿Y el jardín? ¿Y la fuente cerrada?
¿Sabría la memoria abrir también
la llave del agua?
[...]

Pero no se trata aquí de la falaz nostalgia.
La minucia del recuerdo no hace falta.
Esta clase de casa es un espacio
al que no se atreve el tiempo.
Está en el mismo mapa
que el jardín del Edén, o el Hades
y la zona estable de los sueños.
[...]
Una escalera sí hace falta
pero olvida eso de subir o bajar.
Desván y sótano están
a una misma profundidad
sin direcciones.
Este es el territorio del susurro,
del secreto guardado en los baúles,
de lo que se rompió
y aguarda tu venida.
[...]
No atiendas a los reparos
de las notas a pie de página
empeñándose
en el número de escalones
en el dibujo del mosaico del salón
en los colores de la claraboya.
[...]
No importa, este es el aquí
desde donde regresas
y adonde juntos para siempre
todos regresamos,
ahora sabemos otra vez
abrir la puerta para ir a jugar
y otra vez jugamos
es la gallina ciega el juego,
el pavo oscuro.
Cierra los ojos,
la morada inexpugnable es esta.

(Campra 2018: 21-23)

¡Los que quieran pasar, son bienvenidos!

Referencias bibliográficas

(Salvo indicación contraria, es mía la traducción al español de las citas de textos que en la lista siguiente remiten a su publicación en otros idiomas.)

ÁBALOS, Gabriel (2014), *La una noche*, Córdoba: Ediciones de Autor.

AGAMBEN, Giorgio (2018), «Atena tra passato e presente», en *Il sole 24 Ore* 20, 21/1/ 2018.

AUGÉ, Claude (1926), *Nouveau Petit Larousse Illustré*, Paris: Librairie Larousse.

BACHELARD, Gaston (2012) [1957], *La poétique de l'espace*, Paris: PUF.

BORGES, Jorge Luis (1961), «El tango» [en *Sur*, 1958], *Antología personal*, Buenos Aires: Sur.

- BORGES, Jorge Luis (1965), «Alguien le dice al tango» [*Para las seis cuerdas*, 1965], Buenos Aires: Emecé, ilustraciones de Héctor Basaldúa.
- BORGES, Jorge Luis (1993), «991 A.D.», *La moneda de hierro* [1976], *Obras Completas*, Barcelona: Círculo de Lectores, vol. IV.
- BORGES, Jorge Luis (2002), «Milonga a don Nicanor Paredes» [*Para las seis cuerdas*, 1965], *Obras completas*, II, Buenos Aires: Emecé (12° ed.).
- Campaña del Desierto (1878 - 1884)* (1969), Buenos Aires: Ministerio del Interior, Archivo General de la Nación.
- CAMPRA, Rosalba (1997), *Constancias* (Texto e imágenes), Ampezzo: Le parole gelate.
- CAMPRA, Rosalba (2000), *Dal libro della memoria/ En el libro de la memoria* (Texto e imágenes), en GIOVAGNONI, Elisabetta (ed.), Catálogo de la exposición *Femminile altrove (Córdoba Bratislava Dublino → Roma)*, Roma: Salon Privé Arti Visive.
- CAMPRA, Rosalba (2007), *Ciudades para Errantes*, Córdoba: EDUCC, ilustraciones de Gustavo Figueroa Oroná.
- CAMPRA, Rosalba (2009) [1989], *Formas de la memoria*, Madrid: Del Centro Editores, ilustraciones de Giuseppe Dierna.
- CAMPRA, Rosalba (2015), *Ficciones desmedidas*, Buenos Aires: Macedonia.
- CAMPRA, Rosalba (2017), *De lejanías*, Córdoba: Alción.
- CAMPRA, Rosalba (2018), *Arqueología provisoria*, Córdoba: Alción.
- CONTE, Gian Biagio (1974), *Memoria dei poeti e sistema letterario. Catullo Virgilio Ovidio Lucano*, Torino: Einaudi.
- ELUARD, Paul (2002), «Notre vie» [*Le temps déborde*, 1947], *Oeuvres complètes*, II, Paris: Gallimard.
- HARTLEY, Leslie Poles (2004), *The Go-between* [1953], London / New York: Penguin Classics.
- HERNÁNDEZ, José (2001), *Martín Fierro* [*Ida*, 1872, *Vuelta*, 1879], en LOIS, Élica - NÚÑEZ, Ángel (eds.), Paris / Buenos Aires: Colección Archivos, ALLCA XX.
- HORNBY, Albert Sydney (1974), *Oxford Advanced Learner's Dictionary of Current English*, Oxford University Press.
- HOUAISS, Antônio - VILLAR, Mauro de Salles (2004), *Minidicionário Houaiss da língua portuguesa*, Rio de Janeiro: Instituto Antônio Houaiss.
- GOLOBOFF, Mario (2016), «Femineidad, historia, política y literatura», *Aguerridas musas*, Córdoba: Alción.
- JOHN OF SALISBURY (IOANNIS SARESBERIENSIS) (1979) *Policraticus* [1159], ctd. en ANTONELLI, Roberto, «Politica e volgare: Guglielmo IX, Enrico II, Federico II», en *Seminario Romano*, Roma: 1979.
- KOHUT, Karl (2013), «Poder, violencia, memoria», en NEMRAVA, Daniel (ed.), *Disturbios en la Tierra sin Mal. Violencia, política y ficción en América Latina*, Buenos Aires: Ejercitar la memoria editores.
- MOLINER, María (1973), *Diccionario de uso del español*, Madrid: Gredos.
- PADELLARO, Antonio (2018), «Senza rete», en *Il fatto quotidiano*, 18.03.2018.
- PICH, Federica - TORRE, Andrea (eds.) (2017), *Di l'artificial memoria. Ms.3368 Bibliothèque Sainte Geneviève de Parigi*, Napoli: La Stanza delle Scritture.
- PLUTARCO (2018), *Detti memorabili di re e generali, di spartani, di spartane* (CARENA, Carlo, ed.), Torino: Einaudi.
- RANVA HJELM JACOBSEN, Siri (2018), «Sono nipote di migranti. Ho ereditato la nostalgia», en *La lettura*, suplemento del *Corriere della sera* 18 febrero 2018.

- REATI, Fernando (2007), «El monumento de papel: la construcción de una memoria colectiva en los recordatorios de los desaparecidos» en LORENZANO, Sandra - BUCHENHORST, Ralph (eds.), *Políticas de la memoria. Tensiones en la palabra y la imagen*, México / Buenos Aires: Universidad del Claustro de Sor Juana / Editorial Gorla.
- SEBALD, Winfried Georg (2002) [*Austerlitz*, 2001], *Austerlitz*, Milano: Adelphi.
- SOSNOWSKI, Saúl (2017), «Silencios I», *Rugido que toda palabra encubre*, Córdoba: Alción.
- UDRIOT, María (2003), «una casa de provincias», en UDRIOT, María - CASTILLO, Juan - PEIRONE, Juan Carlos (eds.), *dessa landskap*, Catálogo de la exposición *dessa landskap*, Lunds Konsthall - Södertälje Konsthall.
- YATES, Frances (2005), *El arte de la memoria* [*The Art of Memory*, 1966], Madrid: Siruela.
- ZINGARELLI, Nicola (1973), *Vocabolario della lingua italiana*, Bologna: Zanichelli.